

FRANCISCO VILLAESPESA

# FIESTA

# DE POESÍA

MCMXII. MADRID, IMPRENTA HELÉNICA
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3

# FIESTA DE POESÍA

# OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.
Flores de almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El alto de los bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitiæ Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraxa.
El libro de Job.
El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.
Palabras antiguas.

PROSA

El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aisoha.
Zarza florida.
Breviario de amor.
Vida y Arte:
I Julio Herrera Reissig
Las granadas de rubíes.
Fiesta de Poesía.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).

FRANCISCO VILLAESPESA

# Fiesta

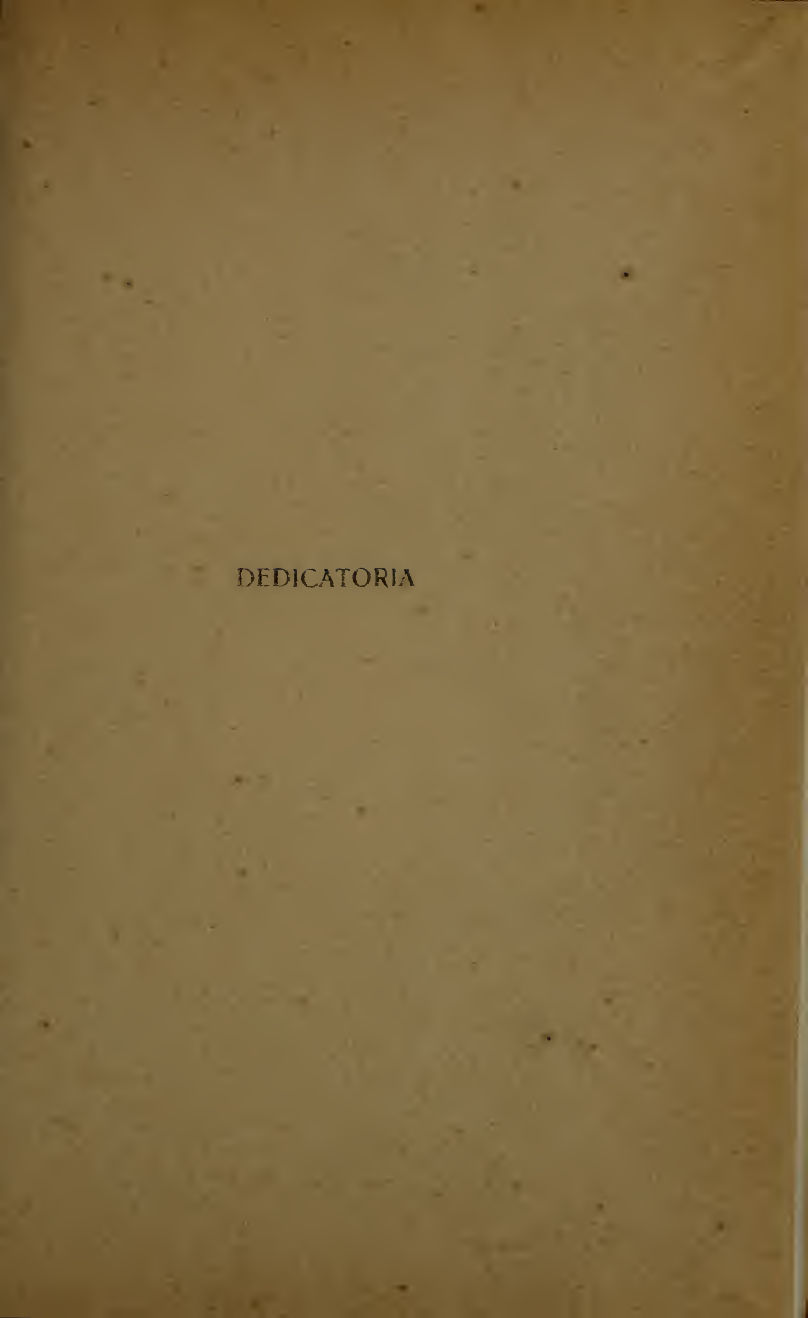
# de

# Poesía

: : : : : : : : MCMXII : : : : : : : :

MADRID. IMPRENTA HELÉNICA

PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.



# DEDICATORIA

Á la Real Sociedad Económica de Amigos del País
de la ciudad de Granada.

Antes que nada, mi agradecimiento más profundo para la culta Sociedad, organizadora de esta bella fiesta de luz y de vida, que me ha honrado inmerecidamente, confiándome un puesto de honor; gratitud que hago extensiva á todos los que han tenido la cortesía de congregarse para oir mis palabras.

Sinceramente: la idea de ser mantenedor de una fiesta semejante, aquí en esta tierra ungida de poesía, tentó mi vanidad de hombre y halagó mi orgullo de poeta. Y yo pensaba corresponder á vuestro afecto con algo digno de Granada, la ciudad única, que ha sido, es y será, el amor más fa-

nático y la obsesión más alucinante de mi espíritu.

Soñé un himno vibrante, luminoso, férvido de entusiasmo, en el que exaltase todas las glorias del pasado, himno que fuese al mismo tiempo como una salutación suprema al porvenir. Mas, urgencias de trabajo, premuras de tiempo y achaques y quebrantos de salud, han disipado mi bello ensueño. De él no quedan sino estas imágenes incoherentes y vagas que pasarán en un desfile deslumbrador por vuestras retinas. Además, ¿por qué negarlo?, acostumbrado á mis vuelos de águila por las altas cumbres de la poesía, ando vacilante y torpe por el ras de tierra de la prosa. Oidme, pues, con benevolencia, con toda la benevolencia que necesita un enfermo que acaba de abandonar el lecho del dolor, para venir aquí, á afirmar con su presencia, el culto profundo é idolátrico que siente por su ciudad predilecta, por la ciudad magnánima, que, al acogerle maternalmente en su regazo, como hijo adoptivo, ha col-

mado, hasta el desbordamiento, todas sus ambiciones, ciñendo á su frente la corona más preciada, el laurel más glorioso.

Seré breve, muy breve. Me limitaré á daros una idea de mi concepto de la poesía y del poeta; y de lo que es y representa para el porvenir, esta bella fiesta, en el recinto de piedra de Carlos V, perfumado por los jardines árabes de la Alhambra.

La característica de la poesía moderna, no es la amplitud, sino la intensidad. El poeta busca la síntesis como la más suprema fórmula de expresión de los múltiples y complejos fenómenos del alma contemporánea. Del choque inevitable y violento de dos negaciones, él sabe arrancar el diamante luminoso de la más rotunda y gloriosa afirmación.

De todos los elementos dispersos y aun embrionarios que le rodean, formando el ambiente, absorbe lo más puro y esencial; y con ello fabri-

ca, en la «sede severa de la soledad y el silencio», su panal de oro. La poesía, como la miel, es la síntesis de todos los perfumes y el aliento vital de todas las corolas.

El poeta es crisol donde se funden, vinculan y acendran, purificándose de toda vil escoria, los metales más raros y preciosos, las ideas y los sentimientos más nobles y divinos, todo aquello que en su esfuerzo inaudito de titán, arrancó con sus manos sangrantes, de las entrañas más profundas y avaras de la tierra, y de las vísceras más recónditas y nebulosas de la conciencia colectiva.

Los dos símbolos representativos de la humanidad de todos los tiempos y de todas las creencias, el apolíneo y el dionisiaco, la idea y la acción, se funden en el alma del poeta en un equilibrio supremo y milagroso. Fuera de este equilibrio no existe más que la medianía vulgar y efímera, condenada de antemano, por la ley de la selección, á pesar de la aparente lozanía de su florecimiento, á una desaparición estéril y prematura.

Debemos sentir la vida con la ingenua, salvaje, impetuosa y violenta voracidad de Dionisos, para exaltarla con la sabia, bella, justa y armónica serenidad de Apolo. Y de esta fusión disciplinada y permanente de elementos tan irreconciliables «a priori», surgirá en toda su pureza de líneas y de gestos, el arte pleno y único, destinado á perpetuar, á través de las edades y de las vicisitudes históricas, el genio inmortal y superbo de la raza. Cada estrofa debe ser una pirámide, erigida con el trabajo hercúleo de toda una existencia sin reposo, para preservar nuestro nombre de la corrupción del olvido.

Creemos nuestros motivos interiores con toda la vehemencia, el calor y el ímpetu de la pasión más desenfrenada, pero disciplinémosles con la más férrea y máxima voluntad, orquestándoles con tal sabiduría técnica, que todos sus componentes, aun los más discordes y refractarios, puedan formar una unidad plena y armónica. Sintamos como

hombres y cantemos como dioses. Wagner nos ha dado el más puro y glorioso ejemplo.

El poeta actual, no puede confiar á un solo instrumento, la exteriorización de sus íntimas y polifónicas emociones. Necesita toda la cuerda, la madera y el metal de la orquesta más completa. Es cierto, que para darnos una sensación ingenua y pastoril, le basta soplar sabiamente en la flauta de siete cañas; pero este instrumento primitivo, será sólo la voz cantante, el motivo inicial de la melodía, precisando también el concurso de las cuerdas que copien el largo y sonoro estremecimiento de la brisa entre las frágiles ramas floridas, de la madera que comente el divino solo del ruiseñor bajo el claro de luna, y de los cobres que reproduzcan los murmullos del río ó los sordos rumores del mar lejano; porque su poesía ha de ser sintética, y nos ha de dar íntegra é intensamente el alma de la cosa cantada.

Las palabras no son sólo evocaciones, ni las estrofas pausas de silencio, para que los espíritus y

los oídos, según la estética de Mallarmée, las comenten á su antojo, sino cosas vivas y plásticas, que nos den una impresión verdadera y definitiva, casi escultórica, de aquello que queremos expresar.

La poesía no puede dividirse tampoco en cerebral y cordial, sino que debe sentirse y pensarse, al unísono, con el corazón y el cerebro. Los que predican una poesía exclusivamente cerebral, son siempre fríos artificiosos é incomprensibles, formando esa legión de pobres seres atiborrados de rimas, de imágenes, de ritmos y de ideas, que hasta sudan poesía, según la justa y lapidaria frase de Ibsen. Al contrario, los sentimentales nos cansan y aturden con la monotonía de sus sensibilidades de plañideras, dándonos sólo la caricatura de las cosas deformadas al reflejarse en los espejos cóncavos de sus temperamentos pueril mente enfermizos. No basta, para darnos una impresión profunda de las cosas, que nuestros sentidos las vean, las oigan, las aspiren, las gusten y las palpen; es ne-

cesario además, que el corazón se estremezca hasta en sus vísceras más ocultas, y que el cerebro sintetice todos estos fenómenos en la más alta y trascendente idealidad.

Vida, vida, y vida, debe ser la poesía; y en la vida cabe todo, lo epidérmico y lo sensorial, la realidad y el ensueño, porque todas son manifestaciones vitales, porque todos son efectos de una causa desconocida y primordial que empieza donde la inteligencia humana termina, y que nos atrae terrible y fatalmente, no por curiosidad, sino por la rebeldía de nuestra razón que no se resigna á que su círculo de experimentación tenga límites y barreras infranqueables.

De esta rebeldía desmesurada, hija de un santo orgullo, muy humano y tal vez por ello muy divino, nace la videncia de los poetas verdaderos, cuyas pupilas perspicaces, acostumbradas á explorar las sombras, logran arrancar al misterio secretos insospechables para el alcance visual del resto de los mortales.

El poeta debe no sólo competir con la Naturaleza, sino tender á superarla, exaltándola, descubriendo en ella lo que tiene de más misterioso y de más permanente. Precisa renovar el valor heroico de Myrsias, al desafiar con su pobre siringa á Apolo, el dios de la lira. ¿Qué importa que la divinidad nos castigue y nos arranque la piel, como se arranca la cáscara de un fruto maduro? En esto el artista moderno supera al sátiro del mito pagano. Myrsias después de desollado vivo, «de arrancarle de la vaina de sus miembros», según la frase terrible del Dante, enmudece para siempre.

El poeta moderno hace del dolor y del castigo un nuevo y más hondo motivo del canto, porque el dolor — crispamiento de puños retadores en unos, rechinar de dientes apretados en otros y rebeldía en todos — es la raíz más profunda de la poesía; no porque sea dolor, sino porque significa un conocimiento más perfecto de la vida y una sabiduría más experimental y amplia de los misterios del Destino.

Por eso la poesía moderna tiene un gesto doloroso, gesto que no es el pasivo y fatalmente resignado de los profetas bíblicos, ni tampoco el convulsivo y violento —dolor de músculo—de los románticos, sino que tiene la noble y orgullosa tris teza del que sabe que su propio dolor le dignifica, redimiéndole de todas las miserias, y abriéndole de par en par las puertas de la eterna evolución. Evolucionar es sufrir, porque cada evolución supone un dolor, y cuanto más se haya perfeccionado un espíritu, mayor será su capacidad dolorosa. Por eso ni reza ni blasfema el poeta de hoy. Su vista ha penetrado las nieblas del Olimpo y ha hallado las cumbres vacías. Sus manos han palpado al Cristo agonizante sobre el ara, y le encontraron tan frío como el mármol en que está esculpido. Su razón se ha perdido en el laberinto de todas las teogonías, y ha vuelto de él, desengañada y aturdida, muerta para toda fe é imposible para todo fanatismo.

Canta por una causa natural y lógica, como los

ruiseñores trinan y los rosales florecen al llegar la primavera. Porque tiene que ser así; porque todo en él está hecho para el canto.

Es místico, pero no creyente. Se pierde y se difunde en la naturaleza, con aquella voracidad ciega y reconcentrada de la santa doctora de Ávila que anhela besar, con un beso humano, los labios divinos de un dios, y con aquel otro amor puro y panteista que hace al lírico solitario de Asís, llamar hermanos al lobo y al ave, á la flor y á la estrella, á todas las cosas creadas, porque en todas reconoce la virtud milagrosa de su propia esencia. Para él tienen igual importancia una oruga y un hombre, un sentimiento y una idea, porque todo es uno y lo mismo dentro del círculo dantesco del misterio.

El poeta se da todo á su arte, sin reservarse nada para sí, con un desprendimiento heroico, y con la voracidad insaciable de su imperiosa y pagana juventud, muerde ávidamente en la vida, como en la pulpa sangrante y jugosa de una gra-

nada, hasta embriagarse de su esencia más profunda.

Él puede esculpir, al frente de su obra, como en una lápida conmemorativa, las divinas palabras del Nazareno en la última cena, ante la sangre del vino y el milagro de los panes ácimos:

— ¡Bebed, esta es mi sangre!

— ¡Comed, este es mi cuerpo!

Con su viva aspiración constante y desmesurada hacia las plenas armonías, con sus pródigas manos difundidoras de la luz y de la sombra, con su rítmica inteligencia engendradora de las más fúlgidas alegorías y de los más plásticos simulacros, extrae del universo la verdad absoluta, la verdad más pura de la poesía, aquella cuyo conocimiento es la más suprema victoria de la vida.

Como los viejos padres de la Hélada, siente en sus venas homéricas el sonoro latir de la fábula, y con su maravillosa virtud creadora sabe expresar, no sólo el símbolo de las cosas, sino su llama interna é inextinguible.

Aspira en los aires, cargados como navíos desbordantes, la embriaguez de todos los perfumes de la tierra; escucha y comprende la música salvaje y sobrehumana de la piedra, y contempla la sombra de Dios inclinada sobre su alma pensativa, y puede sentir, entonces, el canto de su corazón vibrar al unísono del gran corazón del mundo.

Cincela sus estatuas para la eternidad, no sólo en el mármol ó en el bronce, sino en su propia substancia; y al acabarlas, extático ante el milagro de su propia fuerza, ardiente de fervor y llameante de gloria, golpeándolas con su martillo creador, puede repetir también la frase inmortal del titán del renacimiento, de aquel bárbaro y formidable Miguel Angel :

— ¡Parla!...

Y así su poesía vencerá al tiempo y al olvido, sagrada y blanca, como Palas Athenea en las cimas de oro de la Acrópolis.

En la acerba disciplina de su espíritu, el poeta

vive solitario, indemne de toda decadencia, fiero é inmutable como un busto cesáreo, grabado prodigiosamente para la eternidad de los días y la admiración de las gentes, en la materia más imperecedera.

Su alma, en la soledad de su aislamiento, se nutrirá de fortaleza, haciéndose ágil y apta para las más excelsas ascensiones, arrastrando tras el gesto victorioso de su arte imperial, el entusiasmo frenético de las multitudes subyugadas, ávidas de ideales, dispuestas á escalar la cumbre en cuyo mármol eterno se encierra el más precioso sueño del alma latina.

Algunos de esos pobres cerebros de proselitismo y de inferioridad, acusarán de salvaje é inhumana esta ceñuda soledad del poeta, repitiendo de nuevo el estribillo tan conocido y miserable, de que á su poesía le falta el calor de entraña de la raza, porque no se ha ensordecido en los tumultos del foro, ni ha quemado su púrpura en el polvo de los caminos.

Y no vale desterrar al poeta de la República, bien porque sea perjudicial para la tranquilidad de la misma y el equilibrio de sus valores, por su tendencia á lo abstracto, como pensaba Platón, bien por que se le considere inútil para su progresivo desenvolvimiento, por su indiferencia á las grandes impulsiones colectivas, como creen los beocios de hoy.

La misión del poeta es más alta, su labor es más intensa: crea almas, las fortifica, las exalta, las hace superiores al medio común, poniéndolas en condiciones de alcanzar metas hasta hoy ilusorias.

El poeta, como un dios, no vive dentro del límite del tiempo. Como en Delfos, él dirá la palabra que sonará armoniosamente en la gracia melódica de los templos, y como Apolo, desde la colina más alta del Atica señalará el vértice del futuro. Los helenos, de estirpe de luz; los hebreos, de profunda esencia profética; los árabes, de sangre divinizada por el sol; los indios de alma llameante, lo

han dicho en sus sabias lenguas madres: «ser poeta es ser vidente».

Las multitudes han de inclinarse ante el poeta, ante el hombre representativo, que ha de darles el pan del espíritu y que ha de encender en sus corazones la lámpara inextinguible que les alumbrará el camino del porvenir. Su mano es la única que sabe hacer brotar el agua en las arideces del desierto, y su palabra, como la de Jesús, es la sola que puede realizar el milagro del pan y de los peces.

Al poeta le basta, para ser humano, sentir en su alma la ansiosa y profunda palpitación de la raza y abrir á los hombres la bárbara selva del futuro.

El poeta es el verdadero profesor de energías; y precediendo á la ciencia, como el ojo precede al ser, explora lo desconocido, para arrancarnos de él las maravillas de una nueva verdad.

Generoso sembrador de ideales, cumple su destino llenando los surcos de gérmenes sagrados.

¿Qué importa que la tierra no esté en condicio-

nes de recibirlos? Las aves de los cielos descenderán en un revuelo cándido y místico de estrofas aladas, y recogiéndolos en sus picos, los harán florecer y fructificar en lejanas tierras de fulgor, pues nada se extingue ni se pierde en las siembras inmortales.

Tal es, en mi sentir, la verdadera y única orientación del arte moderno, mejor dicho, de la poesía, y de igual forma pensarán todos los que sientan este divino don del cielo, no como efímero trofeo de fáciles victorias, sino como una verdadera é imprescindible necesidad del espíritu.

Labor de exaltación, de noble y patriótica exaltación de todas las fuerzas latentes de nuestra raza, de todos los impulsos vitales de nuestra estirpe, es la labor á que Dios ha destinado al poeta, en las caldeadas y fanáticas tierras de España.

Sus poetas han de dar á nuestra patria un nuevo siglo de oro; y aun hoy mismo, los pocos que existen, los «caballeros del Renacimiento», como los llama Vargas Vila, son los únicos embajadores

acreditados que sostienen dignamente el prestigio de España en el extranjero.

Aquel error fatal de nuestros políticos, causa de la actual desorientación nacional, de creer que al cerrar bajo siete llaves el sepulcro del Cid, habían cerrado para siempre la férrea y antigua voluntad castellana, ha sido deshecho por nuestros poetas; y hoy, en sus estrofas resucita la sombra heroica del héroe legendario, y cabalga de nuevo triunfalmente, entre un bosque de escudos y de lanzas, al compás sonoro y bélico de nuestro inmortal Romancero. ¡Que no en balde el Mío Cid Rodrigo Díaz de Vivar, encarnación verdadera y única del espíritu de nuestra raza, ganó batallas aun después de muerto!

La gran fuerza nacional duerme aún en el corazón de las multitudes, esperando como Lázaro, la voz vivificadora que le diga:

— ¡Levántate y anda!

Esta voz milagrosa sólo puede brotar de los labios de un poeta, que no en vano la poesía ha

sido siempre el lenguaje con que Dios ha hablado á los hombres.

Tenemos el deber de hacer patria. Y nuestro arte debe hundirse en el subsuelo de las tierras de España, para arraigar en él como una selva fabulosa y centenaria, y prestar sombra y armas á todas las violentas aspiraciones de la raza.

¡Descended, poetas, á la gran planicie, y encended con vuestro verbo de fuego en cada corazón una lámpara de oro al porvenir!

¡Infiltrad en el viejo organismo nacional, antes de que se descomponga, todo el ardor y el entusiasmo de vuestra sangre juvenil; y á la baja y villana imposición de que hay que «europeizarnos», responded orgullosamente con toda la energía indomable de nuestra estirpe, con esta fiera y férrea afirmación: «Hay que españolizar el mundo».

Y el milagro se hará; pues si no poseéis la fuerza material que asola reinos y arrasa tierras, esgrimís, en cambio, las armas invencibles del espíritu para rendir pueblos y subyugar naciones. Y á

la luz verdadera de la historia, es más grande y ostenta más épicos perfiles el busto aquilino de Cervantes, que la figura acerbamente bélica de Hernán Cortés, pues si éste conquistó un nuevo mundo, la péñola inmortal del egregio manco de Lepanto ha hecho más aún: conservó y ensanchó las conquistas gloriosas de la espada.

Hijos de España, si os enorgullecéis con sus glorias pretéritas y soñáis con las futuras horas de triunfo, amad la Poesía sobre todas las cosas, pues ella será el heraldo que os anuncie las próximas victorias y os rememore los viejos fastos históricos!

¡Vosotros, hombres encanecidos en el esfuerzo constante y en la fatiga ineludible de las luchas públicas, ó en el silencio lleno de promesas de los laboratorios y de los estudios, donde fermenta el porvenir, cuando os sintáis exhaustos y atormentados de súbitas nostalgias, inclináos como peregrinos sedientos, á refrescar la aridez de vuestros labios, en el sereno manantial de la poesía,

que brota, como las fuentes clásicas, entre la hendidura de dos rocas, á la sombra virgiliana de los rosales y de los mirtos florecidos; y en su corriente encontraréis, no solamente el agua fresca que calma toda la sed del espíritu, sino también aquella otra milagrosa que purifica y que consuela. No olvidar que la ciencia sin la poesía sería como una ciega sin lazarillo, como la sombra trágica de Edipo sin la mano consoladora y dirigente de Antígona!

¡Divinas mujeres que sentís el corazón abrirse como una flor á la esperanza, ó deshojarse bajo los huracanes del otoño, adorad religiosamente á la santa poesía, porque la poesía es como la sombra del amor, y no pueden existir el uno sin la otra, como no existe la luz sin la llama, y el perfume sin la flor!

Amor y Poesía son los dos hijos gemelos de la Vida.

Y vosotros, jóvenes de alma pensativa y atenta, que en los umbrales del misterio, como en los

antiguos juegos paganos, estáis prontos y ávidos á encender vuestra antorcha; acercáos al fuego sagrado del espíritu de los grandes poetas, que arde perennemente, como las llamas de un viejo y santo lar, custodiado por las eternas vestales de la gloria, por esas divinas y humanas musas, que compendían en sí todas las alegrías y embriagueces de la tierra! Y celebrad con todo el entusiasmo frenético de vuestros corazones, el secreto sentido de esta fiesta, bajo la protección generosa de la noble ciudad de los nazaritas, bajo el divino encanto de nuestro cielo andaluz y en la augural ventura de esta noche de primavera!...

Primavera... Poesía... Granada... Tres voces sinónimas, aunque distintas, que huelen á jazmines, á rosas, á claveles, á cármenes floridos; y suenan como un desgranar de perlas y de surtidores en el silencio de un patio morisco; y brillan como chispas de diamantes, como esmeraldas húmedas de rocío, como centelleo de estrellas sobre albercas de cristales, como alburas de luna sobre

mármoles y alabastros, como encajes, y saben á dulzuras de besos y mieles de panales...

Primavera... Poesía... Granada... las tres personas de la Santísima Trinidad de la Vida.

¿Dónde mejor para una fiesta de poesía que en Granada y en una noche de primavera?

¡Granadinos, hermanos, cómo se ensancha el pecho y cómo se dilata el alma bajo el amparo de estos fuertes muros de piedra viva, á la sombra augusta de este palacio cesáreo, aún sin terminar, como si el esfuerzo y la voluntad se hubiesen rendido súbitamente ante la magnitud de esta empresa fabulosa de titanes!

Toda el alma dura y fanática, imperiosa y férrea de Castilla, vaga por este recinto, como una princesa encantada que esperase aún la arrogante majestad del César que detuvo la carrera del mundo bajo las zarpas de sus leones y aprisionó al sol, como un cautivo, en el castillo heráldico de su escudo.

¿Qué generación heroica, consciente de su ver-

dadera misión, terminará el insigne fasto de esta fábrica, renovando la gesta épica de gloria y de dominio, miserablemente interrumpida en tres siglos de pasividad y barbarie, y coronando de nuevo esas columnas con el símbolo dominador y rampante de las voraces águilas imperiales?

Ved esos viejos bajo-relieves que un artista de recia musculatura y manos de hierro, esculpió violentamente, como á los golpes de un hacha de guerra, sobre la piedra dura, obedeciendo al ritmo violento de su alma brava, como si tallase en ellos la epopeya gloriosa de su vida. Son escenas de lucha y de sangre, de temeridad y violencia.

Estudiad en ellas. Los que lleguéis á descifrar esos geroglíficos, os sentiréis orgullosos como nunca de llevar, ardiendo, en vuestras venas la sangre llameante de España.

¡Con qué fervor religioso se aspira esta atmósfera de voluptuosidad, de fasto, de grandeza que se desborda de los jardines misteriosos y de las

estancias encantadas de esa Alhambra maravillosa!... De esa Alhambra ¡oh, granadinos! que debéis conservar con el celo fanático con que se conserva el honor de una madre, de esa Alhambra de fábula oriental, que vale por sí — y por lo que representa en nuestra historia — más que todas las ciudades modernas; y cuyas piedras os deben ser tan sagradas como las reliquias de vuestros santos y las cenizas de vuestros muertos!

La melodía eterna y lauda del agua resuena por todas partes; filtrándose en nuestra carne, como se filtra por los muros bermejos de sus murallas; corriendo por nuestras venas, como corre por las arterias ocultas de esa sierra; envolviéndonos en su frescura, perfumándonos de un no sé qué misterioso y lejano... ¿No os parece á veces, la guzla de un trovador que desfallece de voluptuosidad bajo el mármol de los ajimeces encantados de luna?...

Y ese canto de ruiseñor que se desgrana en el silencio de los altos cipreses, ¿no os recuerda —

¡oh, granadinos! — el canto dulce y embrujado, de amor y de fe, del último cantor de nuestra raza, de aquel enamorado eterno de Granada, que para recreo y atavío de su ciudad favorita, levantó sobre la Alhambra, de mármoles y oro, de los nazaritas, otra Alhambra inmortal de rimas, de pedrería y estrofas de diamantes, y que ha hecho que se oscurezca la gloria de Alhamar, ante la magnificencia de Zorrilla?

Una aspiración ardiente y continua inclina al genio de nuestra raza hacia la Ciudad Madre de la Poesía y de la Belleza, de los palacios aéreos, de los pensamientos armoniosos y de los héroes caballerescos. Un deseo infinito vuelve nuestra alma como el soplo del viento vuelve el resplandor de una antorcha, hacia este verdadero paraíso donde parece haberse refugiado la única y suprema felicidad.

Y nuestro corazón al abandonarte, al verte — ¡oh, Granada!— por última vez, desaparecer como la visión más espléndida de un sueño oriental,

nuestro corazón, comprende toda la amargura de aquel rey tan noble, tan valeroso y tan injustamente tratado por la Historia, que suspiró y lloró al perderte para siempre. Sus lágrimas aún hacen florecer las más puras rosas del recuerdo en los áridos arenales del Africa, donde tu nombre es como una oración y como un suspiro.

Día llegará — ¡oh, Granada! — en que tus hijos de España y tus hijos de allende el mar, vuelvan á unirse, para no sólo conservar tus viejas glorias, sino para ataviarte con nuevas joyas imperecederas; y, entonces, el palacio y el alcázar, la sombra de Alhamar y la de Carlos V, serán una sola sombra inmortal que custodie el tesoro inmortal de tus grandezas.

Y de nuevo serás la señora del mundo; y tu brillo eclipsará al fasto de Roma y á la opulencia de Damasco. Un día — quizás mañana — le dirá un poeta á nn héroe la palabra de resurrección; y el poeta y el héroe se la repetirán á las gentes; y después de tanta desventura y de tanto heroísmo,

el calor de la nueva primavera humana correrá y hará florecer todas las tierras sagradas de España.

Entre tanto, ciudad divina, medita y trabaja, y custodia tus joyas y adiestra tus esfuerzos, mientras de los cuatro puntos del mundo, caen sobre ti los votos y los augurios de todos los poetas y rezan en tu nombre tus hijos desterrados.

Mas, entre tantos votos y entre tantas plegarias — oidme, granadinos, los hijos de la sultana coronada de nieve : — ninguno vencerá el fervor filial de aquel que debe al sol de vuestro cielo, y á la feracidad de vuestra tierra, la madurez de su espíritu, la plenitud de su vida y la conquista de su gloria.